

MARTIRIO

DE SANTA JULITA (1).

Sacado de S. Basilio el Grande, tom. 1. discurs. 5.

Vióse esta santa muger obligada á sostener un pleyto considerable contra uno de los primeros de Cesaréa. Era este uno de aquellos hombres que emplean igualmente la violencia, y el fraude por enriquecerse: siempre codiciosos del bien ageno, que miran como presa segura. A fuerza de cercenar alguna herencia á sus vecinos, se hallaba hecho un gran señor, y poseía muchas tierras, y heredades. Pero no contento con quitar á Julita cierto pedazo de viña, ó de prado, después que había robado sus alquerías, sus bestias, sus esclavos, apoderándose tambien de sus muebles, que eran muy ricos, y despojándola generalmente de todo, tuvo la audacia de hacerla citar primero ante el Juez, y de prevenir la querrela que estaba ella para dar; y antes se valió de muchos falsos testigos, y de un delator, que debía obrar contra ella, y acusarla. Tomó tambien sus precauciones por parte de los Jueces, cuyos votos adquirió por medio de una vil, y vergonzosa corrupcion; y por este apoyaba particularmente la justicia de sus pretensiones. El dia

(1) No se sabe el año; pero sí que fue el dia 30 de Julio.

en que se había de ver el pleyto, un Alguacil citó las partes, segun costumbre; y dispuestos los Abogados para defender la causa, y tomando asiento en la Audiencia, habló primero el de Julita, representando á los Jueces la terrible vejacion, que su parte padecía por causa de este ciudadano: estendióse mucho sobre la injusta violencia con que se estaba hecho dueño de todos los bienes de esta Señora; y lamentando de un modo bien patético la triste condicion de los vecinos de este usurpador, cuya insaciable avaricia, se tragaba todo quanto le parecía bien, iba á producir los títulos, en virtud de los quales poseía su parte sus herencias, y hacer ver que una larga, y pacífica posesion hacía su derecho incontestable; quando este hombre se puso en medio de la Audiencia, y dixo que por el nuevo decreto, Julita no podía ser admitida en justicia á obrar contra él; pues segun esta ley, toda persona que era de otra religion que la del Emperador, y especialmente la que profesaba la de Christo, estaba privada desde entonces del derecho de llamar á juicio á otro ciudadano. Admitió el Pretor este medio de oposicion, pareciéndole justo, y fundado en derecho. Hizo, pues, que le traxesen incienso, y fuego: después volviéndose hácia las partes: Para gozar del beneficio de las leyes, las dixo, es necesario dar antes señales de que ninguna es de la Religion Christiana; porque si alguno se obstinase en querer vivir en una religion proscrita por los Emperadores, se le declara desde

aho-

ahora desposeido de todos los derechos, prerrogativas, y privilegios anexos á la qualidad de ciudadano de esta Ciudad, ó vasallo del Emperador; y aun de esta misma qualidad, como en señal de infamia, segun el nuevo decreto imperial.

¿Qué hará, pues, Julita? ¿Se dexará engañar con el deseo de volver á entrar en posesion de su hacienda, ó despreciará el servirse del medio que se le ofrece para ganar su pleyto? ¿Cedió acaso al peligro que la amenazaba? ¿El temor tuvo sobre ella algun poder? ¿Se la vió mudar el color á vista del Juez? No por cierto.

¿Pues qué respondió? Oigamosla. Perezcan todas las riquezas del mundo, dice ella: pierda yo misma mil veces la vida: sea mi cuerpo hecho mil pedazos, antes que se me escape ni una sola palabra, que pueda ofender á mi Dios. Y quando conoció que el Pretor se mostraba sumamente ofendido de estas palabras, y que comenzaba á enfurecerse, dió á Jesu-Christo humildes acciones de gracias, de que el mismo juicio que adjudicaba la posesion de un bien percedero, que la pertenecía legítimamente, al que era un injusto poseedor de él, la aseguraba á ella de los bienes eternos celestiales. A mí me quitan, decía, un poco de tierra; y yo gano el paraíso: los hombres me declaran infame, y Dios me prepara una corona: mi cuerpo sufre acá abaxo la pena de las esclavas, y mi alma será puesta en el cielo entre los Tronos, y las Potestades. En fin, instándola

el

el Pretor fuertemente á que renunciase su Religion, y protestando ella siempre que quería morir sierva de Jesu-Christo, tratando de impíos, y de exécrables sobornadores á los que querían obligarla á jurar su fé: este Juez, contra toda equidad, no solamente confirmó al usurpador en su injusta retencion, sino tambien condenó á la Santa á ser quemada, en satisfaccion, segun él pretendía, del ultrage hecho por ella á los edictos de los Emperadores.

No se dexa llevar el corazon con mas ardor hácia el objeto de su deseo, ni el hombre muy delicioso corre con mayor ansia al placer, que Julita se avanzó hácia la hoguera que la debía consumir. Su rostro, su ayre, sus palabras, todo denotaba la alegría de que estaba llena su alma. Exhortaba á las mugeres, que estaban junto á ella, á padecer constantemente qualquiera cosa por sostener, y defender la Religion de Jesu-Christo, y á no echar la culpa á la fragilidad del sexó el delito de su desercion. ¿No hemos sido nosotras, decía, hechas de la misma masa que los hombres? ¿No somos tambien, como ellos, formados á la imagen de Dios? ¿No es el mismo Artífice el de estas dos obras? ¿Y la fuerza no es tambien la herencia del hombre, como de la muger? ¿Es acaso una gran maravilla ver á una muger animosa? ¿Somos acaso nosotras de otra naturaleza que los hombres? Quando Dios quiso formar á la muger, no tomó de la carne, sino de una costilla. ¿Qué quiere decir esto sino que

Tom. III. K la

la muger no debe mostrar menos firmeza; y constancia en la fé, ni menos paciencia en los tormentos, que los hombres? Dicho esto, se arrojó á la hoguera, que fue para ella un lecho nupcial, de donde su alma se elevó al cielo, y fue á tomar posesion de la dicha debida á su fidelidad, en tanto que su cuerpo, respetado de las llamas, fue puesto entero, y sin ninguna señal del fuego, en manos de sus parientes, que la colocaron honoríficamente en el vestíbulo de este Templo. Despues estas sagradas reliquias, santificando el lugar en que fueron depositadas, lo hacen tambien á los que el deseo de honrarlas los trahe.

Però la tierra que recibió este precioso depósito, como por un movimiento de gratitud, hizo brotar de su seno una fuente de una excelente agua; ó digamos mejor, que la misma Santa es la que como una madre llena de ternura para con los vecinos de esta Ciudad, á quienes mira como á sus queridos hijos, les provee de una leche, cuyo manantial agradable, y salutífero no se agota jamás. Esta agua es un preservativo para los que gozan de una perfecta salud: una bebida deliciosa para las personas sobrias; y un remedio para los que padecen qualquier enfermedad. Tal fue la gracia que Eliseo hizo en otro tiempo á sus queridos Ciudadanos de Jericó, quando les hizo perder el salitre á las fuentes de aquella Ciudad, y por su bendicion mudó en dulzura todo su amargo. Hombres, que estais presentes, no sufráis, os suplico, que las mugeres os quiten la gloria

de defender con mas generosidad que vosotros la Religion de Jesu-Christo. Y vosotras, mugeres, no dexeis á los hombres solos esta gloria, sino gloriaos tambien de seguir el exemplo que acabo de contar.

MARTIRIO

DE SANTA PELAGIA (1).

Sacado de S. Juan Crisóstomo, tom. 1. Homil. 40.

A Labado sea Dios, hermanos míos, que la muerte nada tiene ya de terrible; y ha llegado á ser el juguete, y diversion del sexô mas fragil, y mas tímido. Unas mugeres, ¡qué digo yo! unas niñas la desprecian, y la insultan. Las Vírgenes apenas salen de la infancia, y ya se atreven á oponerse al infierno, sin recibir ningun daño. Esta gracia os debemos tambien, con otras muchas, ó Jesus, Hijo de la Virgen! Vos sois divino Esposo de todas las que guardaron pureza; y quien disteis á vuestra esposa Pelagia ese valor, que la presentó generosamente á la muerte (2), anticipándose á la sentencia, y á la execucion, y escusando al Juez, y á los verdugos un delito. No porque ella no estuviese preparada para todos los tormentos, que hubieran queri-

K 2 do
(1) No se sabe el año á punto fixo; solamente se sabe que fue durante la persecucion de Diocleciano. Celébrase el dia 9 de Junio. (2) Echóse de una ventana abaxo, y se mató.

do hacerla padecer, ni porque no los hubiese padecido con alegría; sino porque sentía perder la corona de virgen por alcanzar la del martirio. Temía ella el poco respeto de aquellos hombres, que no tienen mas castos los ojos que lo restante del cuerpo; y así quiso ella misma huir de sus miradas, y salvar su extrema pureza. Hasta entonces los hombres aun no habian dado exemplo de un temor tan delicado: presentábanse todos en los tribunales; y allí afectaban dar señales de un valor extraordinario. Y así fueron las mugeres, á quienes la flaqueza, y la timidez natural del sexó exponen mas á las injurias, y á las afrentas, las que inventaron este género de muerte, anticipándose á las sentencias; y este fue el motivo que obligó á Pelagia á escogerle: que si yendo á recibir la palma del martirio, hubiese estado segura de conservar el precioso lirio de la virginidad, no hubiera tenido la menor dificultad en comparecer ante los Jueces; pero incierta de lo que podía suceder, la pareció que sería imprudencia el exponerse á perder una corona, en vez de que lograba dos no compareciendo ante ellos. Este fue, pues, el partido que tomó. Así evitó llegar á ser un espectáculo peligroso, dando con su presencia materia á un fuego impuro, profanando su hermosura, si la manifestaba, y dando inocentemente un placer delinquente: en una palabra, exponía un cuerpo virgen á todos los ímpetus de un brutal instinto. Y así el extremo deseo que tenía de comparecer pura á los ojos de

de Jesu-Christo, la resolvió á no dexar la habitacion de las mugeres, sino para pasar inmediatamente al cielo.

Sin duda hay una grandeza de alma en un Martir en arrostrar, sin inmutarse, á los verdugos que le rodean; y verlos, sin conmoverse, ojear, digamoslo así, sus entrañas con garfios, y uñas de hierro. Pero aun es mucho mas de admirar, al parecer, la accion de Pelagia: el sentimiento se debilita por la duracion, ó por la violencia, ó tambien por la diversidad de tormentos; ó si conserva alguna vivacidad, la muerte no parece entonces mas terrible, sino mas deseable: viene á ser un remedio necesario á los grandes males que se padecen; y en fin, libra al alma de la tiranía insoportable de los suplicios. Pero sucede aquí lo mismo. Pelagia todavía no ha sufrido cosa alguna: su cuerpo está en todo su vigor: tiene toda la salud de una juventud floreciente; y así necesita de una fuerza de espíritu extraordinaria para dexar la vida por una muerte violenta. Y si la paciencia de un Martir es digna de vuestra consideracion, ¿qué sentimientos no debeis tener por la generosa resolucion de esta doncella? Detengámonos un poco, y consideremos de espacio todas las circunstancias, que hacen esta accion digna de la admiracion de todos los siglos. ¿Quién no se quedará pasmado de ver semejante presencia de espíritu en una Virgen joven, sin experiencia, que jamás ha salido de su casa, ni aun de su quarto; que no conoce al-

mundo: sencilla, y sin artificio: viéndola resolverse en un momento, y tomando un partido tan contrario á la naturaleza? Hállase de repente á la puerta de su aposento una tropa de soldados: llaman á ella con furia: cítanla á que comparezca ante el Juez; y se ven casi precisados á llevarla á pesar de su resistencia. No estaban entonces con ella ni padre, ni madre, ni ama, ni criada, ni amigo, ni vecino, ni algun otro que la aconsejase. Toma ella misma el consejo. ¿Y cómo se atreve ella á responder á los soldados? ¿Cómo tiene valor para mirar á estos hombres terribles? ¿Cómo puede articular una sola palabra? ¿Cómo puede respirar? Pero aun hace ellas: concibe este pasmoso proyecto: acaba de formarle: lo aprueba: lo executa; y esto en un solo momento. Ved aquí de qué manera.

Al ruido que los soldados hicieron á su puerta, baxó de su quarto, y los abrió; pero sabido el motivo que los trahía, les pide su permiso para volver á subir, y mudarse de vestido. Fuera concedida esta gracia. ¿Pero qué uso hizo de ella? Mudóse en efecto de vestido; y en lugar de una vestidura expuesta á ser rota, ó manchada, toma una que no puede ser ni comida de gusanos, ni gastada con el tiempo. Ved aquí aún para mí otro nuevo motivo de pasmo; y confieso que no puedo dexar de admirar bastantemente, así la facilidad que los soldados tuvieron en concederla lo que les pidió, como la destreza con que los preocupó, y la poca desconfianza que

mostraron, debiéndoseles hacer sospechoso todo á tales gentes; y en fin, la poca precaucion que tuvieron para impedir que se saliese con su intento. Ni se me diga que el caso era tan extraordinario, que no había que admirar que los soldados no lo hubiesen ni previsto, ni impedido. Porque no es la primera que se haya dado la muerte: ya se han visto algunas que se han arrojado en la corriente de un rio (1): otras se han atravesado el pecho: otras se han puesto un dogal al cuello. Pero esto fué que en efecto cegó Dios de tal suerte á los soldados, que ni se les ocurrió la trampa que Pelagia les armaba. Escapóse, pues, de sus manos, como una inocente tortolilla se escapa de las redes de un pajarero; y como una cierva, que se ha salido de los lazos, que los cazadores le tenían puestos, no se detiene hasta que se haya salvado en algun bosque, ó sobre algun peñasco escarpado, inaccesible á los tiros de los monteros, é ignorada de su ojeo; del mismo modo, habiendo caído Pelagia en manos de los soldados, y hallándose encerrada en su propio aposento, como entre redes, se desprende felizmente: toma su carrera: se retira; y gana, no un peñasco elevado, sino lo mas alto del cielo, desde donde mira con placer, y en una entera seguridad, los lazos que acaba de evitar; y se rie de los cazadores, que se retiran llenos de confusion, y vergüenza. Imaginémos al Go-

(1) Santa Domnina, y sus hijas.

bernador sentado gravemente en su tribunal, rodeado de sus ministros, prontos todos los instrumentos para atormentar á la niña Pelagia; y un tropel de pueblo, que la curiosidad, ó el falso zelo junta al rededor de él. Hagámonos cargo por otra parte, quando vé volver á sus soldados, á quienes aguardaba con tanta impaciencia, y creyendo desde luego que trahen á la Virgen, que se apodera de estos idólatras una tonta alegría, y devoran ya con anticipacion la presa que se figuran no estar muy lexos. ¡Qué susto, qué tristeza, qué desesperacion, quando ven llegar á estos emisarios del tirano con las manos vacías, baxando los ojos de vergüenza, y sin acertar á referir su estraña ventura! Quando el casto Josef se vió instado de su ama á satisfacer una vergonzosa passion que le tenía, dexó entre las manos de esta Egipcia la capa, de donde le había agarrado, y se ausentó: pero Pelagia, no habiendo querido ni aun siquiera sufrir que las manos impuras de los soldados la tocasen, quiso por sí misma despojarse de su cuerpo, habiendo tomado su vuelo hácia el cielo. Verdad es que les dexó este cuerpo; pero en un estado, que les daba mas confusion que alegría, como que les sería inutil, no pudiendo ser ya ni de su crueldad, ni de su brutalidad el objeto.

De este modo dispone Dios todas las cosas para el fin que se ha propuesto, muchas veces contra las leyes ordinarias de la naturaleza, ó de la prudencia humana. Muchas veces gusta cumplir los

los designios de sus siervos quando se creen desesperanzados; y tiene el placer de desbaratar los proyectos de sus enemigos en el momento en que todas las cosas parecen prometerles un favorable suceso. ¡En qué pena, en qué embarazo no se halla nuestra joven Martir! ¡Qué facilidad, al contrario, no tienen los soldados para executar su comision! Hiciéronse dueños de su casa: tienenla presa en su poder: está sola: es una niña; y con todo eso la pierden. Por otra parte Pelagia, sin socorro, sin defensa, sin fuerza, acometida de una tropa de bestias feroces, prontos á echarse sobre ella, se escapa de sus dientes homicidas, se salva, y hace vanos, y sin efecto alguno los esfuerzos que hacen contra ella Soldados, Jueces, y Gobernadores de Provincia.

Reconozcamos aquí el brazo de Dios, y adoremos su poder, y su bondad. El es quien saca á Pelagia de un paso tan peligroso: lo que no se puede negar por poco que se exámine, el modo de que muere; porque en fin, ya se han visto muchas personas caer de muy alto, ó no herirse sino ligeramente, ó haber quedado un brazo roto, ó un pie quebrado, y vivir todavía muchos años despues. Pero Dios no permite que Pelagia conserve una vida, que quiere ella perder: manda á su alma dexe al punto su cuerpo; y contento con esta primera salida, que acaba de hacer contra su enemigo, la retira del combate, y la corona, como si hubiese acabado de vencer. Porque no penseis que esta muerte sucede segun el

cur-

curso ordinario de la naturaleza: es un orden particular de Dios, que determina á su movimiento. Por lo demás, se dexaba ver este cuerpo, no sobre una cama de respeto, sino sobre la desnuda tierra; ¿pero se ha de creer por eso, que hallándose en este estado, fue privado de los honores sepulcrales? No por cierto, la tierra misma que lo sostenía, tenía parte en ellos. Mas digo: los mayores honores que se le hubieran podido hacer, no igualarian jamás al que recibía de estar tendido sobre el polvo por el nombre de Jesu-Christo. Lo que el mundo llama oprobio, lo que comunmente pasa por una injuria entre los hombres, viene á ser el colmo de la gloria, quando se sufre por Jesu-Christo. Verdad es que el lugar en que estaba este sagrado cuerpo, no tenía cosa considerable en la apariencia; pero los Angeles lo guardaban, y el mismo Jesu-Christo estaba en él. Y si algunos amos agradecidos no se avergüenzan de asistir al entierro de algunos esclavos suyos; Jesu-Christo, el mas agradecido de todos los Señores, y el mas tierno de todos los Esposos, ¿rehusará honrar con su presencia las exéquias de una Esposa, que acaba de dar la vida por él? Esta Virgen no tiene mas sepulcro que un poco de arena, que ni siquiera la cubre; pero su epitafio contiene la historia gloriosa de su muerte. Está vestida de una ropa mas preciosa que la púrpura de los Reyes, en donde entre los lirios de la virginidad, brillan las rosas del martirio. Con estos ricos, y magestuosos adornos se presentará ante el trono de Jesu-Christo.

Pro-

Procuremos, hermanos míos, hacernos un vestido semejante durante nuestra vida, para ser adornados de él en nuestra muerte. El oro, y la seda, que cubren los cuerpos en este mundo, no adornarán el alma en el otro. Y aun me atrevo á asegurar, que todos esos soberbios adornos, que se ven en nuestros sepulcros, nos atraen menos la consideracion de los hombres, que sus sátiras. Este Grande, dirán ellos, lleva consigo su fausto hasta mas allá de la sepultura; y aun en los brazos de la muerte sacrifica al luxo, y á la vanidad. ¿Quereis ser alabados quando ya no existiereis? Haced de suerte que la virtud, y la piedad os levanten un sepulcro. Decidme, ¿os deteneis en los de los Reyes por brillantes que sean en oro, y piedras preciosas? No por cierto: pasais mas adelante, hasta llegar á postraros delante del de una simple doncella; en el que por todo adorno no hallais mas que la Virginidad, el Martirio, y la Fé.

NO es un solo Martirio, ni dos, ni diez los que la Iglesia propone hoy día á nuestra veneracion; son durante, que no teniendo todos mas que una alma repartida en diversos cuerpos, dieron las mismas señas de constancia; y consiguiendo todos en sostenet, y defender la Fé de Jesu-Christo, sacrificaron en un mismo día su vida por ella. Ninguna desigualdad habia entre ellos.

(*) Huius. 20. tom. 1. (1) El día 9 de Marzo. Año de Jesu-Christo 320, en el Imperio de Licinio. Venian las Noches.

HO-